

Globethics Repository



El escenario como dictador [The scenario as dictator]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	García Ríos, José M.;Tamayo, Giulia
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-19 18:02:38
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220375

El escenario como dictador. Configuración metropolitana y experiencia cotidiana

García-Ríos, José M.; Tamayo, Giulia

José María García Ríos: Filósofo y educador español. Ha realizado investigaciones y es autor de publicaciones sobre población urbana de bajos ingresos. Miembro fundador de Raíces y Alas, colectivo para trabajos de género, desarrollo y democracia (Lima).

Giulia Tamayo: Abogada peruana. Autora de publicaciones sobre organización popular de mujeres, intervenciones para, el desarrollo y problemática urbana.

Tan central como tematizar los contenidos y sentidos que envuelve la preocupación por los derechos humanos, es atender la configuración de las construcciones culturales espaciales en donde los individuos y los grupos humanos residen. Esta aproximación recupera del olvido lo que los teóricos sólo mencionan como dato arqueológico del saber producido: el escenario. Nuestra intención es abordar ese marco que nos acota, la materialidad que nos orienta cotidianamente, que nos produce con tanta o mayor fuerza - lamentablemente casi siempre mayor - que nuestros deseos.

En épocas pasadas no había forma de expresar valores y aspiraciones sin trazar un continente espacial para aquéllos. La ciudad de los griegos, la «ciudad de Dios» para San Agustín, Moro y su utopía, en donde por ausencia alude a un lugar en donde albergar lo imaginado. «La verdad es concreta», frase acuñada por Hegel y que Brecht recupera para revelarnos el drama de su época, revela en el fondo la terrible fuerza de lo que impacta nuestros sentidos. No obstante el legado de aquéllos, sucumbimos a la fascinación por la palabra, por el texto prescindiendo del contexto, encontrando en su perfeccionamiento la razón de los esfuerzos. No debe sorprendernos que los discursos en favor de humanizar la vida no hayan logrado inspirar realizaciones tangibles: el espacio urbano constituye una dimensión muy concreta que se erige exigiéndonos conductas, demarcando nuestros movimientos y condicionando nuestras experiencias.

No queremos más tributar a ese laberinto logocéntrico. El relato mítico de Babel ilustra cómo sobre la aspiración por alcanzar el cielo se edificó su propia confusión y la diáspora de sus habitantes. Aquí encontramos pertinente preguntarnos por las características físico-culturales del espacio urbano en que vivimos, por cómo condicionan nuestro actuar, por los sentimientos y sensaciones que ellas nos producen. ¿Son sus trazos, dimensiones, conexiones, capaces de responder al deseo por una vida digna? Desde esta interrogante, deslizaremos la mirada hacia las ciudades latinoamericanas, y en especial hacia una tan singular como Lima, con la configuración que actualmente la caracteriza.

La ópera de los actores sin sitio

Lima desde la década de los 40 se constituyó en polo de atracción para la población del espacio rural ante el empobrecimiento y las carencias experimentadas por el campo y frente a la ostentosa concentración de recursos y poder en la ciudad capital. Las dificultades de los migrantes para insertarse en la ciudad fueron incrementándose al paso de los años, hasta arribar a situaciones límite en que aquellos debieron desarrollar formas organizativas para dotarse del derecho a un lugar en el espacio urbano en el marco de sucesos sumamente violentos. Las luchas de los movimientos viviendistas durante los 70 y los 80 marcaron un hito en la configuración de la ciudad capital. Por un lado, el espacio urbano creció hasta alcanzar geográficamente dimensiones gigantescas, que desafiaban la posibilidad humana de administrarlo, volviéndose incapaz de suministrar satisfactores a las necesidades de sus habitantes; de otro lado, colocó las tensiones sociales predecibles en un medio que no sólo disolvía las expectativas de desarrollo y bienestar de los migrantes sino que mostraba hostilidad hacia sus esfuerzos, indolencia frente a sus necesidades fundamentales y tendencias constantes a discriminarlos y criminalizarlos.

La metrópoli ha dejado de ser «patrón» de ciudadanía, medida cultural: no dota de los servicios habitacionales típicamente urbanos, a más de carecer de pistas, veredas, redes de agua, alcantarillado y electricidad - no digamos teléfonos -. Las esteras, cartones y otros materiales precarios componen parte o la totalidad de las «casas» de los hogares populares y el sistema de transporte, los servicios educativos y de salud resultan clamorosamente deficientes en número y calidad. Por no dotar, la urbe no dota ni siquiera de puestos de trabajo «formalmente urbanos». Esta falta de empleo formal urbano para una creciente mayoría de residentes en edad activa constituye una de las facetas que «norman» las experiencias del habitante de la metrópoli. Al ser una norma carencial, un «aquí no hay trabajo», el poblador deberá «sacarle la vuelta».

El desempleo forzará a varones, mujeres y niños a ocuparse en una gama de actividades de escasa inversión de capital y que no requieren elevados niveles de escolaridad, produciendo bienes y servicios para consumidores urbanos sin licencias, tributos ni otros requisitos legales, inundando la metrópoli de una multicolor «informalidad» laboral que no sólo tiene como clientes a los propios sectores populares, sino que sus más bajos precios son buscados por las clases medias y hasta aprovechados para abaratar costos y mejorar la competitividad de comerciantes e industriales de todos los tamaños.

De una manera antes inusual, el ejército informal produce análogo efecto en bajar el pago por el trabajo que en la «ciudad industrial» producía el «ejército industrial de reserva». Con el agravante de que el ejército informal, en metrópolis como Lima, crece exorbitantemente al acoger a quienes en un modelo formal urbano deberían estar excluidos realmente de la PEA (no sólo de las estadísticas que la registran): niños, ancianos, minusválidos y las mujeres que se ocupan de las agotadoras y múltiples tareas de la casa. Estas mujeres que atienden los trabajos de reproducción del hogar urbano también han alumbrado respuestas que modifican la cultura existente en las metrópolis. Ante la profundización de la crisis económica y el curso de las políticas estatales, emerge el sujeto femenino en su versión individual y colectiva como protagonista de la defensa de la supervivencia. Su quehacer y su mirada trasponen las paredes del espacio doméstico.

Como integrantes del ejército informal laboral urbano, las «madres de familia» generan ingresos monetarios muchas veces superiores a los del varón, sin por ello descargarse de la mayoría de los trabajos domésticos, y redistribuyen dichos ingresos de manera más abundante entre los miembros del hogar. A nivel organizativo gestan espacios y estilos para la satisfacción colectiva de las necesidades de alimentación y salud de la población más vulnerable, y en su encuentro ganan un resorte para ejercer y ampliar su ciudadanía. EL movimiento popular de mujeres habrá de marcar un nuevo hito en la configuración de la ciudad. Su idea fuerza «por la defensa de la vida», las hará indóciles a los discursos políticos tradicionales marcados por la intencionalidad de establecer hegemonías ideológicas y políticas. Flexibles en su estrategia, fortalecerán su capacidad de realización y de gestión con o sin el concurso de las agencias del Estado.

Hacia 1990 Lima, ciudad tumultuosa que se acerca a los ocho millones de habitantes - un tercio del total nacional -, se constituirá en abierto escenario de violencia armada, habiendo presentado previamente como condiciones el extremo y masivo empobrecimiento de sus habitantes, una espiral de violencia generalizada donde la

criminalidad mostraba una intensidad y extensión ingobernable, y la disolución de las instituciones como mecanismos con capacidad de organizar y regular la convivencia humana. En los asentamientos de sectores populares empiezan a proliferar formas de autodefensa y sanción, incorporando así, con sus aciertos y excesos (linchamientos a ladrones locales), nuevos rasgos a la cultura metropolitana.

Esa ciudad que nos daña

Lima devino un inmenso territorio con proyectos fragmentados, dispersos, las más de las veces enfrentados entre sí. La energía eléctrica y el agua a domicilio no sólo han visto reducirse porcentualmente su cobertura en la última década, sino que, aun donde las redes están tendidas, el servicio está racionado, porque la magnitud de la demanda supera las posibilidades de lo planificado y producido. El daño para la salud y la productividad, por no mencionar al «bienestar», resulta tremendo. El excesivo y caótico crecimiento poblacional aparejó relaciones conflictivas y cargadas de sentimientos de disolución personal. El medio ambiente fue depredado al paso de necesidades insatisfechas y voraces apetitos por apuntalar privilegios. La escasez de sus servicios y la extensión de sus dimensiones ocasionan millonarias pérdidas en horas/hombre al mes, en «colas» y trayectos entre la vivienda y los lugares de trabajo o consumo.

Un mundo metropolitano intolerante, cuyas diferencias y carencias resolvía con el ejercicio de la fuerza y la marginación, acunó un mosaico de lenguajes y mundos culturales intransitables y agresivos entre sí. El mundo público se tornó en un espectáculo de indiscernibles conspiraciones. La participación política hallaba su razón central en disolver las expectativas de todo nuevo actor. La irracionalidad e insania que hoy la ciudad presenta la hace inhabitable. La población se convulsiona como un contenido que padece su continente.

El imposible refugio

Forman parte del actual escenario de Lima metropolitana las características de la violencia e inseguridad presentes, su impacto en los distintos grupos poblacionales y las respuestas desarrolladas por cada uno de ellos ante esta nueva edición del homo homini lupus que acecha la vida cotidiana al hegemonizar la cultura urbana

¹. El país, a causa del conflicto armado interno, presentará un nuevo fenómeno mi-

¹La información que sistematizaremos a este propósito proviene del trabajo de los autores en cuatro ámbitos: como abogada, ella, en la atención a casos de violencia y violación de los derechos humanos y ciudadanos; en la capacitación a grupos poblacionales- en investigaciones y debates interdisciplinarios sobre violencia y visiones de justicia en poblaciones urbanas de bajos ingresos; y como

gratorio por el cual individuos, comunidades y pueblos, se desplazarán de sus lugares de origen en busca de refugio. Las ciudades serán vistas por los desplazados como punto de llegada, visualizando singularmente en Lima un lugar donde reconstituir sus vidas. La ciudad capital no sólo no les dará oportunidad para recuperarse, sino que prolongará su tragedia con nuevos daños y agresiones. Lima no está resultando para los desplazados de las zonas bajo violencia armada un refugio viable. ¿Aún lo será para sus residentes anteriores ante el aumento de la violencia generalizada?

En la década pasada el comportamiento de la población limeña frente a las condiciones cada vez más rigurosas que experimentaba a causa de la pobreza y la violencia, estuvo fundamentalmente guiado por la expectativa de sobrevivir. Lima no era (y parece no haberlo sido nunca) un proyecto colectivo, era la resultante de deseos parcelados. La criatura resultó - al decir de Ciro Alegría ancha y ajena. Los sectores populares habían venido desarrollando estrategias locales para autogestionar y dotarse de satisfactores a necesidades básicas. Sin embargo a inicios de la presente década, la adversidad y las carencias amenazaban agotar sus recursos y capacidades. Su frustración y angustia no era compartida por los otros sectores. Las clases altas invirtieron en el mercado de la corrupción para mantener sus privilegios y se dotaron de ejércitos privados para cuidar sus inversiones y sus vidas.

La crisis económica sometió a deterioro el hábitat ganado, y la violencia impuso a los inmuebles un vestuario de rejas y accesorios contruidos por el miedo. Todos incorporamos internamente un mapa orientador sobre puntos marcados por el riesgo, sin llegar a eliminar del todo el asedio de la muerte. Las rutas viales cada atardecer aparecen cercenadas por pilotes de cemento y tranqueras de todo tipo, con las que los «custodios del orden», los pudientes y cada día más locales institucionales, públicos y privados, tratan de guarecerse ante posibles atentados. En los hogares, la violencia endureció las reglas de hospedaje y las calles ofrecieron sus inmensos pabellones a los niños, los mendigos y los locos.

El conflicto armado que en los primeros años se localizara en el espacio rural, se fue introduciendo en Lima enlutando con cada vez más proximidad nuestras conciencias. Los ataques terroristas pasaron de una fase selectiva a una generalización casi indiscriminada. Lima devino el refugio imposible, donde sus habitantes intercambian rumores y temores, donde la libertad se convierte en una aventura peligrosa, y donde la lucha por una vida digna tropieza a diario con la muerte. La violencia armada impuso una atroz experiencia colectiva de connotaciones homoge-

neizantes: víctimas del terror, pares en la muerte. No obstante la situación límite, aún no hay iniciativas sólidas de la población por compartir recursos y por organizarse en mutuo auxilio. Todos cargan solitariamente con su pánico y su dolor a cuestas. Las secuelas que presentan los habitantes de Lima son atroces. El miedo, el desconcierto y el deseo de huir grafican lo hondo de su crisis. La inseguridad ciudadana ha dado lugar a un generalizado discurso de la queja. La frustración de la población ante la falta de salidas ha incrementado la violencia y el recurso a métodos donde la rabia preside el desenlace de los sucesos.

Desde los estudios de la violencia se han venido produciendo diversas aproximaciones a fin de denotar los complejos factores individuales y sociales que intervienen en su producción y manifestaciones. Entre los enfoques sociológicos resaltan ²: el de la sociología funcionalista de la violencia, la perspectiva culturalista y la vertiente utilitarista. Para la primera la violencia es una respuesta a una situación, la frustración puede obrar como factor desencadenante, ser disparador de la violencia. Para la segunda, hay que indagar la causa de la violencia en la cultura que la produce. En la tercera se observa al agente de violencia en su capacidad de cálculo, la violencia es el medio para alcanzar un objetivo. Mientras los dos primeros enfoques servirían para ayudar a analizar fenómenos como los linchamientos colectivos a los ladrones y violadores, o las bandas de «pirañitas» (niños y adolescentes que en bandadas agreden para robar y a veces violar), el tercero pareciera estar mirando a fenómenos como el del terrorismo.

Estas tres aproximaciones analíticas sobre la violencia suman una serie de aspectos que ayudan a entender facetas de la realidad: el factor disruptivo, la frustración y la rabia como elementos movilizadores de manifestaciones violentas, la influencia cultural, la violencia utilitaria sobre cuyo aserto Hobbes reclama construir un orden. Todas ellas nos ofrecen textos lógicos pero dejan fuera lo concreto que sólo el escenario brinda. Volvamos en consecuencia la mirada hacia nuestras construcciones espaciales. Podremos, y de modo significativo, quizás hallar muchas de las referencias sobre las cuales se produce la violencia. Citando a De Sousa Santos «se trata ahora de investigar lo que en las relaciones sociales resulta específicamente del hecho de que éstas existan en el espacio» (p. 214).

²Recogemos la clasificación empleada por Michel Wieviorka en «Elementos Teóricos para una sociología de la violencia», ensayo editado por ILSA en Palacio.

Un espacio para vivir

La construcción y organización de las ciudades aparece a lo largo de la historia como el producto de una élite que pauta, organiza y distribuye los espacios, apareciendo lo construido como dado. Las clases subalternas sólo pueden acceder a las parcelas marginales. Las necesidades humanas de protección y subsistencia conducen a grupos e individuos a procurarse un sitio en las ciudades. En América Latina, los procesos migratorios del campo a la ciudad, y de las ciudades intermedias a la ciudad capital, han llevado consigo fenómenos complejos. Hasta ahí, todo anuncia un señalado desencuentro: el de las metrópolis y sus habitantes. Las ciudades fueron vistas y apreciadas como espacios capaces de dotar a sus pobladores de un entorno favorable a una vida más «desarrollada» que la rural. Las metrópolis latinoamericanas, Lima entre ellas, lejos de ofrecer a la mayoría de sus moradores un espacio para una vida más satisfecha, mutilan sus potencialidades y los someten a una cadena de frustraciones y experiencias dolorosas.

Los campesinos y «provincianos» que engrosaron - y lo continúan haciendo - las grandes oleadas migratorias desde el agro latinoamericano con la meta de convertirse en «ciudadinos», y que dieron lugar al explosivo crecimiento experimentado a partir de mediados de siglo por nuestras metrópolis, albergaban la expectativa de hallar en la vida urbana satisfacciones para sus necesidades³. Al menos para aquellas básicas a las que el disperso y pauperizado campo - frecuentemente asentado en una orografía con imponentes obstáculos para las comunicaciones rápidas - no permitía atender con bienes suficientes ni resultados adecuados: las de subsistencia, educación, ocio, comunicación-relación y protección.

Estas legiones de «desplazados» estaban dispuestos a afrontar, luego de los costos de su éxodo, duros trabajos de inserción como precio a su integración a la ciudad. Cuota elevada de tal afiliación era la pérdida, a veces insoportable, de valores y necesidades básicas, como los de identidad, afecto, libertad, creación, participación. Con gran esfuerzo, la mayoría fue construyéndose nuevas soluciones y alternativas «al modo urbano» para tales necesidades. Lo que no se imaginaban era que, en no pocos casos, ellas no eran más eficaces que las que dejaron, ni que peor aún - las ciudades se volvieran, por acción conjugada del tamaño y la corrupción administrativa, refractarias a la dotación para las mayorías de aquellos atributos que las pintaban tan atractivas: los adecuados para las necesidades de subsistencia, entendimiento, ocio, comunicación-relación y protección.

³Utilizaremos la conceptualización de nueve necesidades humanas básicas, ampliada por nosotros a diez, y la de satisfactores elaboradas por CEPANUR.

La proliferación de la violencia social y política en las metrópolis las encontró, en su anonimato irresuelto y la incapacidad y falta de voluntad de sus «custodios del orden», sumamente vulnerables, anulando su posibilidad de satisfacer sinérgicamente las expectativas de comunicación-relación y protección. La inseguridad ciudadana y la violencia se convirtieron en ingredientes de la «cultura urbana» que plantean nuevos retos a sus numerosos pobladores. Por su parte, la crisis económica coadyuvó al deterioro de la ciudad en su papel de «tierra de promisión» (satisfactora de necesidades) restringiendo su oferta de servicios en favor del entendimiento y el ocio, de la subsistencia, la libertad y la participación. La creación fue así, desde el no apoyo, una necesidad sobreexigida: casi desde la nada, e incluso contra la negatividad, esta suerte de «agujero negro» de los satisfactores en que están deviniendo nuestras metrópolis. La identidad se ve en este contexto gravemente amenazada, así como el afecto.

Volver a colocar en la mira estas necesidades humanas básicas nos replantea los tamaños, modos y conexiones que resultan compatibles con una calidad de escenarios habitacionales no inhibidores ni violadores o pseudo-satisfactores de las aspiraciones a una vida digna. Coloca sobre el tapete la conveniencia de plantear a los gobiernos «techos» máximos a las ciudades, de liberar las concepciones del desarrollo de la mirada paneconómica, de pensar las naciones y el planeta como un tejido de centros poblados de tamaño humano, donde las ventajas de la concentración espacial de la población y otros recursos no sean contrarrestadas por el hegemonismo de las metrópolis, sino que resulten potenciadas al propiciar un equilibrio de urbes «intermedias» no sólo en cuanto a tamaño, sino en su localización y funciones.

Bibliografía

DE SOUSA SANTOS, BOAVENTURA: Estado, Derecho y Luchas Sociales, ILSA, Bogotá, 1991.

GARCIA Ríos, JOSE MARIA: «Esteras, Paraditas y Comedores» en Mujer y Varón, vida cotidiana, violencia y justicia, Raíces y Alas-Tarea-SEA, Lima, 1990.

INSTITUTO DE DEFENSA LEGAL: Perú 1989: en la espiral de violencia, IDL, Lima, 1990.

- Perú hoy: en el oscuro sendero de la guerra, IDL, Lima, 1992.

KIRK, ROBIN: La década de chaqwa. Los desplazados internos del Perú, CNDDHH, Lima, 1991.

MAX-NEEF, M., A. ELIZALDE, y M. HOPENHAYN: Desarrollo a escala humana, CEPAPUR, Santiago de Chile, 1986.

PALACIO, GERMAN (comp.): La irrupción del Paraestado-Ensayos sobre la crisis colombiana, ILSA, Bogotá, 1990.

TAMAYO, GIULIA: «Violencia y visiones de justicia» en Mujer y Varón, vida cotidiana, violencia y justicia, Raíces y Alas-Tarea-SEA, Lima, 1990.

TAMAYO, GIULIA y JOSÉ MARIA GARCIA RIOS: «Y ¿quién convence al gallo?» en Mujer y Varón, vida cotidiana, violencia y justicia, Raíces y Alas-Tarea-SEA, Lima, 1990.